

## HOMILÍA DEL PAPA FRANCISCO AL INICIAR EL SÍNODO DE LOS OBISPOS PARA LA REGIÓN PANAMAZÓNICA

---

*Basílica de San Pedro, Roma, 6 de octubre de 2019*

El apóstol Pablo, el mayor misionero de la historia de la Iglesia, nos ayuda a "hacer Sínodo", a "caminar juntos". Lo que escribe Timoteo parece referido a nosotros, pastores al servicio del Pueblo de Dios. Ante todo dice: «Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos» (2 Tm 1,6). Somos obispos porque hemos recibido un *don de Dios*. No hemos firmado un acuerdo, no nos han entregado un contrato de trabajo "en propia mano", sino la imposición de manos sobre la cabeza, para ser también nosotros manos que se alzan para interceder y se extienden hacia los hermanos. Hemos recibido un don para ser dones.

Un don no se compra, no se cambia y no se vende: se recibe y se regala. Si nos aprovechamos de él, si nos ponemos nosotros en el centro y no el don, dejamos de ser pastores y nos convertimos en funcionarios: hacemos del don una función y desaparece la gratuidad, así terminamos sirviéndonos de la Iglesia para servirnos a nosotros mismos. Nuestra vida, sin embargo, por el don recibido, es para servir. Lo recuerda el Evangelio, que habla de «siervos inútiles» (Lc 17,10). Es una expresión que también puede significar «siervos *sin beneficio*». Significa que no nos esforzamos para conseguir algo útil para nosotros, un beneficio, sino que gratuitamente damos porque lo hemos recibido gratis (cf. Mt 10,8). Toda nuestra alegría será servir porque hemos sido servidos por Dios, que se ha hecho nuestro siervo. Queridos hermanos, sintámonos convocados aquí para servir, poniendo en el centro el don de Dios.

Para ser *fieles* a nuestra llamada, a nuestra misión, san Pablo nos recuerda que el don *se reaviva*. El verbo que usa es fascinante: reavivar literalmente es "*dar vida al fuego*" [*anazopurein*]. El don que hemos recibido es un fuego, es un amor ardiente a Dios y a los hermanos. El fuego no se alimenta por sí solo, muere si no se mantiene vivo, se apaga si las cenizas lo cubren. Si todo permanece como está, si nuestros días están marcados por el "siempre se ha hecho así", el don desaparece, sofocado por las cenizas de los temores y por la preocupación de defender el *status quo*.

Pero «la Iglesia no puede limitarse en modo alguno a una pastoral de "mantenimiento" para los que ya conocen el Evangelio de Cristo. El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial» (BENEDICTO XVI, Exhort. apost. postsin. *Verbum Domini*, 95). Jesús no ha venido a traer la brisa de la tarde, sino el fuego sobre la tierra.

El fuego que reaviva el don es el Espíritu Santo, dador de los dones. Por eso san Pablo continúa: «Vela por el precioso depósito *con la ayuda del Espíritu Santo* que habita en nosotros (2 Tm 1,14). Y también: «Dios no nos ha dado un *espíritu* de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de prudencia» (v. 7). No es un espíritu cobarde, sino de *prudencia*: Pablo contrapone la prudencia a la cobardía.

¿Qué es entonces esta prudencia del Espíritu? Como enseña el Catecismo, la prudencia «no se confunde ni con la timidez o el temor», si no que «es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo» (n. 1806). La

prudencia no es indecisión, no es una actitud defensiva. Es la virtud del pastor, que, para servir con sabiduría, sabe discernir, sensible a la novedad del Espíritu. Entonces, reavivar el don en el fuego del Espíritu es lo contrario a dejar que las cosas sigan su curso sin hacer nada. Y ser *fieles a la novedad del Espíritu* es una gracia que debemos pedir en la oración. Que Él, que hace nuevas todas las cosas, nos dé su *prudencia audaz*, inspire nuestro Sínodo para renovar los caminos de la Iglesia en Amazonia, de modo que no se apague el fuego de la misión.

El fuego de Dios, como en el episodio de la zarza ardiente, arde pero no se consume (cf. *Ex 3,2*). Es fuego de amor que ilumina, calienta y da vida, no fuego que se extiende y devora. Cuando los pueblos y las culturas se devoran sin amor y sin respeto, no es el fuego de Dios, sino del mundo. Y, sin embargo, cuántas veces el don de Dios no ha sido ofrecido sino impuesto, cuántas veces ha habido colonización en vez de evangelización. Dios nos guarde de la avidez de los nuevos colonialismos. El fuego aplicado por los intereses que destruyen, como el que recientemente ha devastado la Amazonia, no es el del Evangelio. El fuego de Dios es calor que atrae y reúne en unidad. Se alimenta con el compartir, no con los beneficios. El fuego devorador, en cambio, se extiende cuando se quieren sacar adelante solo las propias ideas, hacer el propio grupo, quemar lo diferente para uniformar todos y todo.

Reavivar el don; acoger la prudencia audaz del Espíritu, fieles a su novedad; san Pablo dirige una última exhortación: «No te avergüences del testimonio [...]; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios» (*2 Tm 1,8*). Pide testimoniar el Evangelio, sufrir por el Evangelio, en una palabra, *vivir* por el Evangelio. El anuncio del Evangelio es el primer criterio para la vida de la Iglesia. Es su misión, es su identidad. Poco después Pablo escribe: «Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación» (*4,6*). Anunciar el Evangelio es vivir el ofrecimiento, es testimoniar hasta el final, es hacerse todo para todos (cf. *1 Cor 9,22*), es amar hasta el martirio.

Agradezco a Dios porque en el colegio cardenalicio hay algún mártir, que ha abrazado la cruz del martirio. De hecho, subraya el Apóstol, se sirve el Evangelio no con la potencia del mundo, sino con la sola *fuerza de Dios*: permaneciendo siempre *en el amor humilde*, creyendo que el único modo para poseer de verdad la vida es perderla por amor.

Queridos hermanos: Miremos juntos a Jesús Crucificado, su corazón traspasado por nosotros. Comencemos desde allí, porque desde allí ha brotado *el don* que nos ha generado; desde allí ha sido infundido *el Espíritu Santo que renueva* (cf. *Jn 19,30*). Desde allí sintámonos llamados, todos y cada uno, a dar la vida. Muchos hermanos y hermanas en Amazonia llevan cruces pesadas y esperan la consolación liberadora del Evangelio y la caricia de amor de la Iglesia. (...) Por ellos, con ellos, caminemos juntos. (...)